

Milton Rossel

## Armando Palacio Valdés



**O**TOGENARIO, y en medio del estrépito de los bombardeos, acaba de fallecer en Madrid el novelista Armando Palacio Valdés. Escritor fecundo, deja más de una novela que la posteridad recogerá por sus positivos merecimientos. «La hermana de San Sulpicio», «La alegría del capitán Ribot», «Marta y María» y «José» son títulos de sus obras que recordamos como inolvidables lecturas de adolescente, cuando el espíritu vive aún en candorosa sentimentalidad.

De técnica y estilo distanciados del gusto actual, no podemos negarle la armoniosa conjunción de condiciones de escritor que poseía, que si no le dan calidad eximia, al menos se le coloca entre los buenos novelistas peninsulares de raigambre castiza, que se nutren en su propia tierra, imprimiéndole a sus obras auténtico sello nacional; tradición ininterrumpida que se extiende desde el poema del Cid hasta las obras de García Lorca. Explosión artística de un pueblo que encuentra

en sus más egregios escritores sus intérpretes más genuinos.

A la naturalidad y sencillez de su estilo, desnudo casi de retoricismos, en que se refleja el alma española en sus diversos matices regionales, debemos destacar el humorismo de excelente ley de que están animados sus relatos, como expresión de su concepto optimista de la vida. Se creería que el novelista vió la existencia a través de la rosada claridad de un amanecer levantino. Acaso su última visión del mundo se entenebreció por la tragedia espeluznante que vive el pueblo madrileño, y su sonrisa amable se trocó en un gesto duro y condenatorio.

Intrascendente, le vemos planear, ni cerca de la realidad prosaica, ni lejos de un idealismo superhumano, enfocando su visión del mundo sentimental y humorísticamente, con justeza y objetividad. Como son la vida y los hombres; don Quijote y Sancho argamasados indisolublemente.

En «La hermana de San Sulpicio», acaso su obra maestra, encontramos en diálogos y escenas esa gracia regocijante a que he aludido, conjuntamente con hermosas descripciones de paisajes y ambientes andaluces y con retratos de mujeres, que es otra de sus cualidades principales. Gloria, la protagonista, vive en nuestro recuerdo independiente del relato como encarnación de las salerosas mujeres sevillanas. En «Marta y María» manifiesta estas mismas cualidades de escrutador del alma femenina, ahondando en el espíritu de estas

dos mujeres antitéticas como las bíblicas del mismo nombre: alegre, con la alegría de la madre en potencia que siente ineludible el llamado de su misión humana, una; recogida, mística, vuelta hacia un inédito mundo espiritual, la otra. Como creación masculina, tenemos al capitán Ribot, pero tallado en tan noble material humano que su existencia real no es casi imposible identificar con un hombre. Ficción sólo de su espíritu bondadoso. Entre sus mejores páginas, no podemos olvidar tampoco su novela «José», en que pinta como en un amplio fresco la vida azarosa de los pescadores del Cantábrico, su región natal, cuyas descripciones evocadoras lo hermanan con su coterráneo Pereda, sin la grandiosidad de éste, pero más sobrio, lo cual permite que los personajes no aparezcan disminuídos, como en las frondosas descripciones del autor de «Sotileza».

Sencillo, modesto, Palacio Valdés huyó siempre del clamoreo mundano. A pesar de ello, fué elegido Presidente del Ateneo de Madrid, como un homenaje de la juventud renovadora a su viril actitud ciudadana. No obstante los peligros que entraña vivir actualmente en Madrid, bajo el asedio implacable de las tropas rebeldes, no aceptó la invitación del Gobierno de su patria de trasladarse a un sitio más seguro, confirmando así la reciedumbre de que estaba templado su espíritu.

Como escritor y como hombre, su muerte no debe pasar inadvertida, mereciendo, por tanto, este homenaje recordatorio.

